

1

Vida del famoso caballero Don Hugo de Moncada

Colegida de graves autores por Gaspar de Baeza,
abogado de la Real Chancillería de Granada.

Dirigida á la Ilustrísima y muy excelente señora
doña Ana Cabrera, duquesa de Medina, condesa de
Modica, de Melgar, y Osona, vizcondesa de Cabrera,
y Bas, en el principado de Cataluña, señora de las villas
de Alcamo, Cacamo, y Calatafimio en el Reino de Napoles.





A la Ilustrisima y muy
excelente señora doña Ana Cabrera &c.

El licenciado Gaspar de Baera.

Ilustrisima y muy excelente señora.

Mucho merece ser alabada la grandeza del animo de vuestra señoria y su generosa prudencia, pues no curando de estatuas ni edificios, con que los groseros piensan eternizar los que aman, puso los ojos en el inmortal edificio de las letras, con que las obras memorables reciben lumbré clarisima y eternidad de nombre y fama. Mando' vuestra señoria escribir la vida del señor don Hugo de Moncada su tio, varon de animo invencible, materia que á los mudos hara' facundos. Hela escrito con cuidado, y dedicola al ilustrisimo nombre de vuestra señoria,

que en cristiandad, valor y alteza de varonil ingenio, es unico ornamento de nuestro tiempo. Excederame muchos en estilo, pero ninguno en desear servir á vuestra señoria y en acertar á decir verdad; y asi quanto en este libro se contiene he sacado de gravisimos autores que en diferentes partes hicieron mencion del señor don Hugo. Cierta si, como un prudente varon decia, ninguna cosa se puede desear mejor á los hijos que herencia de honor y gloria, por que las villas y castillos incitan á tener otros, y las cosas bien hechas mueven á los descendientes á valerosas obras. Verdaderamente vuestra señoria provee como gran señora, adornada de virtudes reales, lo que conviene á su ilustrisima familia poniendole delante de los ojos el valor del señor don Hugo sacandolo de las tinieblas del olvido; oya pues á vuestra señoria aquella alma valerosa, recibida por su virtud entre los famosos caballeros de la edad antigua, que á voces le suplica que no dexee perecer su memoria, y de mi parte reciba este pequeño servicio con el animo que tantas virtudes

111

ama y con la voluntad que yo se le ofrezco.

Nuestro Señor guarde y acreciente la ilustrísima persona de vuestra señoría con mayor estado.

En V.º primero de julio del año de mil y quinientos y sesenta y cuatro. = Ilustrísima y muy excelente señora. Besa las ilustrísimas manos de vuestra señoría. El licenciado Gaspar de Baeza?

Vida del famoso caballero
 Don Hugo de Moncada, escrita por
 el licenciado Gaspar de Baeza, abogado en la
 Audiencia de Granada.

Capitulo I en que se trata de los padres
 de don Hugo, y de su nobleza y valor.



Don Hugo de Moncada,
 caballero insigne, fue varon excelente en
 grandeza de animo que, con gloria del nombre espa-
 ñol, siguió las armas primeramente de los franceses
 contra italianos con Carlos octavo Rei de Francia,
 despues las de su Rei contra moros turcos y franceses.
 Fue hijo cuarto de don Pedro de Moncada señor de Ayto-
 na y cabeza de la casa de Moncada, caballero de insigne
 valor y prudencia, muy grato al Rei catolico por su no-
 bleza y virtud. Su madre se llamo' doña Beatriz de

Cardona, nieta del duque de Cardona, hija de don Hugo su hijo segundo. Los curiosos de la antigüedad tienen por muy cierto que los Moncadas, señores de nombres y autoridad ilustre en Aragón, descienden, por línea masculina, de Dapifer hijo del duque de Baviera? que, queriendo en los siglos pasados eternizar su nombre en la tierra y vivir con felicidad en el cielo, vino á España á la guerra santa que los antiguos monarcas de ella, echados de sus casas, traían con los moros infieles por la honra del nombre cristiano. Aquí Dapifer, no temiendo ningun peligro de que se pudiese seguir honor incitando las ilustres obras de sus progenitores que daban Cesar al mundo, peleó tan valerosamente que, siendo muy estimado de los españoles por venir de su voluntad á ayudarles, fundó con sus armas y valor la ilustrísima casa de Moncada, á quien los aragoneses veneran por su antigüedad, y los extrangeros de provincias muy remotas conocen por el valor de don Hugo. Por línea femenina descienden los Moncadas de los Reyes de Aragón,

principes nobilísimos, descendientes de antiquísimos Reyes. Lo qual, demás de la fama y libros de autoridad y credito, afirmó en nuestro tiempo Paulo Jouio gravísimo escritor de historias en los elogios de los varones ilustres en guerra, y confirmado la fama y constante opinión heredada de padres a hijos.

Capitulo II de como don Hugo de Moncada siendo mozo pasó a Italia con el Rei de Francia.

Fuero don Pedro de Moncada, señor de Aytona, quatro hijos, el mayor de los quales se llamó don Juan de Moncada; el segundo se llamó don Gaston; el tercero don Guillen, el quarto don Hugo cuya vida y hazañas queremos escribir; el qual nació cerca del año del señor de mil y quatrocientos y setenta y seis en el lugar de su padre cercano a la ciudad de Valencia colonia de la gente Romana. Resplandeció brevemente en don Hugo animoso, sublime, y ensalzado ingenio, agudo y de mucha sagacidad, brio militar, y verda-

ramente generoso, y espíritu mayor del que conforme á
 su edad parecia que debia tener, por que en sus palabras,
 meneo y postura de rostro, mas parecia de edad madura
 que mochacho de catorce años. Por esto su padre conoci-
 endo en él muestra y brio digno de mayor fortuna de-
 la que podia heredar de su casa, como hizo quarto, invio-
 lo á casa del Rei don Fernando para que, en casa de
 este principe, famoso sobre todos los Reyes cristianos
 por las victorias que habia habido de los moros y por-
 tugueses, don Hugo se criase y tentase la felicidad de
 su fortuna. Sirvió don Hugo algunos dias al
 Rei, y como para satisfacer el incomparable y ar-
 diente deseo que tenia de honor y gloria, ninguna
 cosa desease mas que guerra en que su valor pudiese
 resplandecer, no vivia de buena gana con el Rei,
 y en especial por que otro de sus hermanos era su
 maestra sala y parecia que la liberalidad del Rei no
 era tan grande que pudiese hacerlos á ambos bienaven-
 turados. No faltó mucho tiempo la fortuna á su deseo,
 por que habiendo el Rei católico echado á los moros de
 toda España levantose aquella famosa guerra que con

ruina de la cristiandad ha durado setenta años, en que Carlos octavo Rei de Francia pasó á Italia á echar del reino de Nápoles á don Fernando Aragon, hijo bastardo del excelente Rei don Alonso. Pensuadia al Rei de Francia, que pasase á Italia, Ludovico Esforcia gobernador del estado de Milan por el duque Juan Galeazzo Esforcia hermano del Rei don Fernando de Aragon, casado con doña Isabel de Aragon su nieta, dueña de liberalidad insigne y de animo varonil. Deseaba Ludovico Esforcia hacerse duque de Milan y quitarlo á Juan Galeazzo su sobrino, mozo enfermo y de poco valor; y como doña Isabel de Aragon se agraviasse de ello y pidiese socorro al Rei don Fernando su abuelo, y al principe don Alonso su padre, llamado el duque de Calabria, ellos enviaron á Esforcia sus embaxadores rogandole que entregase el ducado de Milan á Juan Galeazzo que ya tenia edad madura; lo qual como él no quisiese hacer, el Rei don Fernando y don Alonso su hijo se le comenzaban á mostrar enemigos, y juntaban gente, armadas y artilleria, lo qual visto por Esforcia acordó, para enfrenar á los Reies aragoneses y darles trabajo con que lo olvidasen, hacer pasar al Reino de

Nápoles á Carlos Rei de Francia, para lo qual le invio' sus
 embaxadores, ofreciéndole su ayuda, y el Rei aceptó la jornada per-
 suadiéndoselo sus privados á quien Esforcia lo pagaba, y el deseo
 de ganar hacienda lo encendia. Sabido en Nápoles por el
 Rei don Fernando el aparato que el Rei Carlos hacia, murió
 de pena y vejez; y don Alonso su hijo, que le sucedió en el rei-
 no, aunque los Florentines y el papa Alexandro estaban
 ligados con él no se tenia por bien seguro, y de nadie esperaba
 tan cierto el socorro como del Rei don Fernando de España,
 cabeza de la casa de Aragon y su deudo muy cercano, por
 que parecia que no estaba bien á un Rei, cuyas arañas se
 celebraban en toda Europa, dexar maltratar á sus parien-
 tes, ni que la soberbia nacion francesa, apoderandose del
 reino de Nápoles, tuviese comodidad para asaltar su Isla
 de Sicilia. El Rei Carlos recelándose de esto, y que por
 ventura si él pasase á Italia el Rei don Fernando entra-
 ria por los montes pirineos en Francia por que tenían
 disension sobre el condado de Ruisellon y de Cerdania,
 inviole á decir que si le prometiese de no ayudar contra él
 al Rei don Alonso de Nápoles, que él le entregaria el condado

de Ruissellon, por que el Rei Carlos poseia este condado y a Perpiñan ciudad riquissima puesta a la entrada de España, y aunque se le habia dado en empeño al Rei Luis undecimo su predecesor por el Rei don Juan de Aragon padre del Rei catolico, al tiempo que tray guerra con don Carlos de Beaumont su hijo. El Rei de Francia cabilaba el concierto, y aunque se ofrecia el dinero no queria restituir los estados: pues como el Rei catolico vio que le ofrecian la restitucion de sus lugares aceptó lo que el Rei Carlos le pedia, y él y la Reina doña Isabel juraron de no hacer guerra al Rei de Francia mientras truxese con el Rei de Nápoles guerra. Por que el Rei catolico creyó que don Alonso de Aragon, Rei del mas florecido reino de Italia, no podria ser facilmente vencido, especialmente estando de su parte el papa y florentines, y que el tiempo daria ocasion para que él hiciese lo que debia. Como el Rei don Fernando hizo paces con el Rei Carlos, don Hugo lleno de valor y brio se puso en orden para jornada, y tomando licencia del Rei catolico para ir a servir al Rei Carlos se partió con voluntad de su padre, el qual lo envió con muy

lucida compañía a Francia siendo de edad de diez y siete años. Llegado don Hugo ante el Rei Carlos fue de él muy bien recibido por que le pareció que debía tener mucho de animo belicoso el que en edad tan nueva quería exercitar las armas y meterse en tantos peligros por quien no era su Rei ni Señor: juntabase con esto su presencia grave, generosa, y digna de caballero, que, aun a los que no le conocian, obligaba a hacerle cortesia. Iban tambien en servicio del Rei de Francia Carlos de Arellano, y don Juan Cervellon, españoles; los quales viendo a don Hugo le acataban y respetaban visitandole mucho como a caballero de su nacion y tan principal.

Capitulo III de como llegando el Rei de Francia a Roma, don Hugo fue bien recibido del Papa y de Cesar Borja su hijo.

Don Hugo de Moncada muy bien proveido de armas y caballos siguió el campo del

Rei de Francia, el qual partiendo de Granoble paso con
 mucho trabajo los montes de Ginebra, y llegando a Italia
 fue muy servido de Ludovico Esforzia, y entrando en Pi-
 sa, los pisanos apellidando libertad se rebelaron contra los
 florentines, y los florentines enojados contra Pedro de
 Medicis hijo de Lorenzo de Medicis, por que rindién-
 dose al Rei le entregó las principales fuerzas de la Tosca-
 na, lo echaron de Florencia a él y al cardenal Juan
 de Medicis su hermano, que despues se llamo' Papa Leon
 decimo, y a Julio de Medicis, que despues se llamo' Papa
 Clemente septimo, y con su daño conoció el valor de
 don Hugo. Despues el Rei entro en Florencia y en
 Sena, y llegando a Biterbo, el papa Alexandro vien-
 do al Rei tan cerca y que toda la tierra se le habia alla-
 nado, hubo gran miedo y dixo a don Fernando de
 Aragon, hijo del Rei don Alonso, que él se habia mos-
 trado por ellos el tiempo que habia podido, pero que des-
 pues Dios y los hombres estaban por los franceses: que
 él no podia dexar de mirar por su salud: que se salie-
 se de Roma con su gente y fuese a fortificar y defender
 la entrada de su reino. A este tiempo ya el Papa

habia enviado sus embaxadores al Rei de Francia suplicandole se acordase de la reverencia que el soberño Rei Atila habia tenido a la ciudad de Roma, por ser cabeza de la religion, que holgase de no entrar en ella por que no fuese violada y saqueada de tanta multitud de feroces naciones como consigo traia. Pero el franceses respondio que antes que sabiese de Francia habia hecho voto de visitar el santisimo templo de san Pedro y san Pablo y hacer reverencia al Papa vicario de Cristo en la tierra y principe de la religion: que si el Papa quisiese estar neutra y hiciese salir de Roma a don Fernando de Aragon, que el ni los suyos harian daño alguno en Roma. El papa, que verdaderamente era varon de animo grande, y unico artifice de disimular, estaba dudoso no sabiendo que consejo tomar, y como a este tiempo el Rei entrase en Roma con gran cantidad de infanteria de gascones, suizos y alemanes, y con gran caballeria de hombres de armas y caballos ligeros, turbose y huyo al castillo de Santangel; y viendo la Ciudad llena de franceses, envio a hablar al Rei sobre que hiciesen paz. Salieron a ello los mas

nobles y principales cardenales: conviene saber Bernar-
dino de Carrajal, Rafael Riario, Antonio Pallavisino,
y Juan Alexandrino; los quales haciendo al Rei un lar-
go razonamiento efectuaron la paz, con condicion que el
Papa entregase á los franceses el puerto y castillo de Civi-
ta vieja para que el armada francesa tuviese adonde re-
cogerse, y con que asimismo les entregase á Geme, herma-
no del gran Furco Bayaceto, á quien tenia en Roma
preso, y con que el cardenal Cesar Borja, hijo del Papa,
en señal de amistad y confederacion se fuese con el Rei
y anduviese quatro meses en su campo. Concediolo todo
Alexandro viendo que no era obligado á guardarlo pues
era compelido á ello por fuerza; y saliendo del castillo al
palacio de san Pedro recibio' al Rei con rostro muy blan-
do y alegre, encubriendo lo que en el pecho tenia, y el Rei,
arrodiillandose, adoró al Papa con todos sus caballeros,
y el Papa le entregó al hermano del gran Furco por
que el Rei decia que queria pasar de la Pulla á Alba-
nia y de alli á Grecia á conquistar á Constantinopla.
Pasado esto don Hugo de Moncada vino á palacio con
muchos caballeros españoles, y siendo muy amorosam.^{te}



recibido del Papa, besóle el pie, en que tenia labradas
 unas cruces de oro; y salundose con Cesar Borja su
 hijo se traxo' entre ellos tan grande amistad, por ser de
 una edad y algo deudos, como si ya Cesar Borja
 adivinara que por el valor y consejo de don Hugo ha-
 bria de alcanzar tan gran estado y hacer tan grandes
 hechos como despues hizo. El Papa Alexandro era de
 nacion español, llamado antes Rodrigo de Borja; y si
 aunque derechamente no tenia con don Hugo, eran deu-
 dos de deudos por parte de los Cardonas; y como demás
 de esto don Hugo era generoso y español, y tomase gran
 de amor con Cesar Borja, facilmente alcanzó mucha
 gracia con el Papa.

Capitulo IV de como rompiendo el Rei
 don Fernando de España con el Rei de
 Francia, don Hugo dexó al Rei de Fran-
 cia y se vino á Roma para estar con el Papa.

Don Hugo de Moncada, habiendo
 visto en Roma las ruinas de edificios maravillosos, memo-
 ria de la antigua felicidad, y admirables triunfos de los

Romanos, despidiose del Papa, y en compañía del cardenal Cesar Borja su hijo siguió el campo del Rei de Francia. El qual saliendo de Roma partió el exercito en dos partes y entró en el reino de Napoles por dos caminos diferentes: por el uno entró Fabricio Colona y Antonelo Sauelo con ciertas bandadas de caballos franceses y con infanteria de suizos y gascones: por otro entró el mismo Rei, el qual con la fuerza de su gente comenzó a caminar por la via Latina. Aun no era bien salido el Rei del territorio de Roma quando el Papa Alexandro, viendo libre del miedo que habia tenido, comenzó a descubrir la ira que contra el Rei Carlos tenia, y lo que deseaba que el Rei don Alonso no se perdiese por que no podia sufrir la soberbia con que el Rei le habia puesto tan graves condiciones, y viendo que le tenia tomado el puerto de Hostia y de Ciuitarvieja pareciale que Roma no estaba en su libertad. Queriendo pues hacerle perder el brio, llamó a Antonio de Fonseca, embajador del rei catolico en la corte del rei Carlos, y representandole sus injurias, las de los florentines y senenses y pisanos, y la lastima mayor que el florentisimo reino de Napoles, ganado por el valor del Rei don

Alonso el mayor, con tanta diminucion de las rentas reales,
 de Aragon viniese á poder de los franceses, rogole que requiriese
 al Rei Carlos de parte del Rei catolico que no entrase
 en el reino de Nápoles, por que el Rei catolico no podria
 disimular las injurias de sus parientes. Era Antonio de
 Fonseca caballero señalado en guerra, ilustre en artes de
 paz, y como tal sentia mucho que toda Italia se hubiese
 allanado á los franceses sin que hubiesen sacado espada, y
 doliale que el Rei don Alonso, caballero de linage español,
 y señor de tan noble reino, estuviese á punto de perderse;
 y como sobre esto viniese la persuasion que el Papa le hizo,
 entró en Vélitri en el consejo del Rei Carlos, y dixole que
 quando el Rei catolico hizo paz con él habia entendido que
 litigaria con el Rei don Alonso por derecho y justicia antes
 que por guerra ni armas, y que á la sazón veia que habia
 forzado á los de Luca á que le diesen dineros y echado de
 Florencia á los Medicis, y alterado á Roma, echado fuer-
 za al Papa, y tomado los puertos y fortalezas de la iglesia,
 y sobre todo iba á echar del reino de Nápoles á don Alon-
 so de Aragon habiendo él y su padre y abuelo poseido
 mas de setenta años con voluntad e investidura de los

sumos Pontifices; por tanto, que pues sin respeto de las leyes y derechos humanos queria hacer fuerza al Rei don Alonso, que supiese que el Rei don Fernando no lo sufría. Antes que Fonseca acabase de hablar, los caballeros franceses, que estaban consejo, interrumpieron su razón, y con mucha soberbia le dixeron que si el Rei don Fernando no quisiese guardar la paz que habia prometido, que nunca otro mal les viniese, que saliesen los caballeros españoles à pelear y verian que los hombres de armas franceses no eran como los moros del reino de Granada, ni sus lanzas como las azagayas moriscas. Replicó à esto Fonseca con animo sin pavor, y como se acordase del honor de su Rei, y viese la soltura de los franceses, sacó el cuaderno en que de mano del Rei católico y del Rei Carlos estaban firmadas las paces, y en las barbas del Rei y de los suyos lo hizo cincuenta pedazos; cosa cierto digna de ser comparada con la hazaña mas grave y animosa de todo el mundo, ni que en ningunos libros se lee. Acabado esto Fonseca requirió à don Juan Cervellon y à Carlos de Arellano, españoles, que dentro de tercero dia saliesen del campo del Rei de Francia, cuyos capitanes sopena de traidores. El Rei de Francia,

prosiguiendo su camino, llegó a Nápoles sin contradicción alguna y se apoderó de la ciudad y de sus fortalezas; y el Rei don Fernando de Aragon, que por renunciación de don Alonso su padre había sucedido en el reino, huyó a la isla de Yscla, y allí y en Sicilia estuvo hasta que el gran Gonzalo Fernandez pasó en su socorro por mandado del Rei don Fernando, por que el Emperador Maximiliano, gran enemigo del Rei Carlos, por el repudio de Margarita su hija, y el Papa Alexandro, el Rei católico y el mismo Ludovico Esforia, que había traído al Rei de Francia a Italia, se ligaron para echarlo de ella y restituir al Rei don Fernando de Aragon. Poco despues que Fonseca declaró la guerra a los franceses, el cardenal Cesar Borja, llamado por otro nombre Valentino, que iba en el campo del Rei conforme a lo capitulado con su padre, mudó el habito y huyó de Velitri a Roma descuidandose los guardas.

Don Hugo de Moncada visto lo que pasaba, y que el Rei católico, cuyo vasallo era, había rompido con el Rei de Francia, pareciále que con su honor no podía mas estar en el campo francés, y entrando al Rei dixole que aunque holgara de servirle para mostrarle

la merced que entendia que le habia hecho, estimaba? mas la obligacion con que habia nacido de ser fiel a su Rei y señor, y que asi le suplicaba tuviese por bien de darle licencia pues no habia de pelear contra su principe. El Rei Carlos estimando mas a don Hugo por la lealtad de su corazon diole licencia con palabras de mucho amor ofreciendole su gracia y favor para todo lo que le importase?

Capitulo V de como don Hugo de Moncada se despidio del Rei de Francia, se fue a Roma al Papa Alexandro, y a Cesar Borja su hijo.

Despidiose don Hugo del Rei de Francia como no pudiese exercitar las armas en su servicio, por no ser contra su Rei, ni menos en favor del Rei don Alonso por caer en el crimen de ingrato. Fuese a Roma al papa Alexandro, y siendo muy bien acogido de él y de Cesar su hijo, paso en Roma algunos dias tratandose siempre con esplendor y magnificencia?

de gran señor. Sucedió despues de esto el tiempo en que Cesar Borja dexando el habito de cardenal, y habiendo invidia de que Francisco de Borja su hermano fuese duque de Gandia y capitan de un gran exercito que el papa su padre traia para hacerle gran señor echando de las ciudades de Italia á sus antiguos poseedores, determinó matarlo por ser señor de todo; y así habiendo una noche cenado alegremente con su madre y con él lo degolló y echó en el rio Tiber, y habiendo sido buscado dos dias unos pescadores sacaron su cuerpo del rio. El papa Alexandro, aunque se espantó de la maldad de su hijo, disimuló con amor de padre, y visto que lo hecho no tenia remedio, determinó promover á su hijo Cesar á gran estado; para esto se ligó con el Rei catolico y con el Rei Luis de Francia y con los Venecianos, los quales repartieron entre sí los estados de casi toda Italia; por que á Cesar Borja se daban los estados de la Romania, el ducado de Urbino y el de Espoleto, y al Rei de Francia el estado de Milan y el reino de Nápoles, á quien, por muerte de don Fern.^{do}

de Aragon que lo recobró, poseia don Federico de Aragon. Era concierto que se partiese entre el Rei don Fernando el catolico y el Rei Luis de Francia, que habia sucedido en el reino por muerte del Rei Carlos. Ofrecida esta ocasion de la guerra, don Hugo, holgandose que se ofreciese en que mostrar su valor, acompañó a Cesar Borja, y siguiendo sobre Imola, cercaronla, y apretaronla tanto, batiendola con artilleria, que la tomaron y prendieron a Catalina Esforia señora de la ciudad y truxeronla presa a Roma. Despues fueron sobre Forli, lugar de la misma señora, y la tomaron. Despues fueron sobre Faenza, cuyo señor era Astor Manfredi, y temiendolo cercado se rindió no pudiendose defender. Despues don Hugo fue sobre el ducado de Urbino, a quien poseia Guido Ubaldo de monte Felero, caballero de antiquissimo, y hubose tan valerosamente que el duque, no osando esperar a él ni a Cesar, huyó y dexó en su poder el estado. Despues fue a Arimino, y huyendo Pandolfo Malatesta, señor de él, quedó en su poder. De la misma manera hubo a Pesaro, huyendo Juan Esforia señor de él. Fomo' asi mismo a Sermoneta, lugar en la campaña de Roma;

y yendo contra Jacobo Apiano, señor de Piombino,
 le tomaron el estado; y como Prospero y Fabricio Colo-
 na principes de la nobleza romana hubiesen huido al
 Gran Capitan les tomaron todas las tierras que tenían
 en la campaña de Roma. Todas estas cosas hizo Cesar
 Borja por el valor, mano y consejo de don Hugo, que
 era capitan de su gente; y a este tiempo ya era tenido
 por capitan belicosísimo en Italia, de agudo ingenio,
 estraña sagacidad y valeroso brazo. Hizo en algunas
 de estas cosas Cesar Borja cosas de estraña crueldad,
 por que ahogó y echó en el Fiver a Astor Manfredo
 mancebo de mucha hermosura señor de Faenza, y aho-
 gó quatro señores del antiguo linage de Varanos de Ca-
 merino, y mató a Paulo Ursino, hijo del Cardenal
 Latino, y a Francisco Ursino duque de Agravina, y
 a Oliveroto de Fermo; y el mismo día dicen que el
 Papa Alexandro atosigó en ponzoña de cantarides
 al cardenal Bautista Ursino. Andando tan gran
 desorden y alboroto, Dios, cuyo castigo nunca falta,
 llevó del mundo al Papa Alexandro por que convidando
 a su hijo a cenar en los jardines de Belver, donde tenía



concertado tosigar ciertos cardenales ricos à quien tenian convidados, el paje que servia la copa al Papa y à su hijo tomó por yerro de la garrafa del vino tosigado, y como el Papa y su hijo bebiesen de ella, el Papa murió, y Cesar Borja estuvo en grandisimo peligro de la vida; pero como era mozo escapó con muchos remedios.

Capitulo VI de como don Hugo, muerto el Papa Alexandro dexó à Cesar Borja por que se mostraba por el Rei de Francia, y se pasó al Gran Capitan?

Muerto el Papa Alexandro, y estando su hijo Cesar Borja enfermo, el Gran Capitan, que traia gran guerra con los franceses, dio licencia à Prospero y à Fabricio Colona para que fuesen à Roma à recobrar sus estados, los quales Cesar Borja viendose enfermo les restituyó de su voluntad; y estando en el palacio de san Pedro con guarda de mucha gente, los Cardenales entraban en conclave en santa Maria de la minerva, lo qual visto por los gobernadores de Roma fueronse à Cesar Borja y

dixerónle que se saliese del palacio y sacase su exercito de Roma. Aconsejole lo mismo don Hugo; y así Cesar se salió a un lugar cerca de Roma. Y como Pio tercio, que fue electo, muriese dentro de pocos dias, Cesar Borja que ya estaba mas recio vino a Roma a hallarse en la elección por que tenia determinado favorecer a George de Amboysi, Cardenal frances, a quien el Rei de Francia deseaba ver Papa, por que Cesar Borja era casado con Carlota, dueña francesa de la casa de Alabrit y habia hecho el casamiento con el Rei Luis en vida del Papa Alexandro su padre: para esto Cesar hizo jurar a los cardenales españoles que no votarían por hombre que no fuese amigo de la casa de Borja, y señalábales por hombre a su voluntad al cardenal Amboysi. Demás de esto, como habiendo vencido el gran Capitan a los franceses en la Cirignola, el Rei de Francia renovase la guerra, Cesar Borja prometió de ayudarle con caballeria. Visto pues por el Gran Capitan que Cesar Borja favorecia a los franceses, y que Mosiur de la Frumilla y Francisco Gonzaga, marques de Mantua, venían con nuevo exercito contra él, envió a decir a don Hugo de Moncada que ya veía la necesidad en que las cosas

del Rei don Fernando estaban, y que Cesar Borja favorecia a sus enemigos, que le rogaba mucho se despidiese de él y se viniese a su campo a ayudar a quien de derecho divino y humano debia. Don Hugo, a quien la fiereza de Cesar habia muchos dias que parecia mal, y que sobre todas las cosas estimaba su honor, acordo irse a servir al Rei catolico, y acompañado de don Geronimo Osorio y de don Pedro de Castro y de otros capitanes españoles fue al campo del Gran Capitan, despidiendose primero de Cesar Borja, el qual no mostro que recibia pesar de ello.

Capitulo VII de como don Hugo de Moncada se señalo en la batalla que los españoles tuvieron con los franceses cabo el Barelano.

Sego don Hugo al campo del Gran Capitan acompañado de los caballeros que he dicho, y de don Diego de Quiñones caballero noble y esforzado. Recibiolo el Gran Capitan como su nobleza y valor merecian, y diole un principal oficio en el exercito; y

siguiéndose la guerra, como los nuestros recobrasen á Doña
 Guillerma y rebatiesen al principio valerosamente á los
 franceses, llegó el día en que el marqués de Mantua y el
 marqués de Saluces, habidas largas deliberaciones, determi-
 naron pasar el Garetano y pelear con el Gran Capitan de la
 otra parte del rio con animo de defenderles el paso; pero los
 franceses se dieron tan buen maña que, haciendo una pu-
 ente de barcas, arremetieron de tropél infantes y caballos, y
 matando á los españoles que hacian guarda, parecieron mas
 de mil de ellos de la otra parte de la ribera. Alterose el
 Gran Capitan viendo el caso peligroso y repentino, y tocando en
 todo el campo alarma, viendo el caso don Hugo, mostrandose
 delantero, arremetió con animo esforzado, caballero en un her-
 moso caballo con unas armas doradas cubiertas de cruces
 blancas, y rompiendo por los franceses dió en ellos tan recio
 que no dexandolos cenar en esquadron los metió á lanza y
 espada por la puente, y ayudandole Fabricio Colona, y acu-
 diendo gente del campo, los franceses unos caian de la puente
 abaxo, otros apretandose hacia atrás eran tropellados de los
 suyos que los venian á socorrer. Don Hugo no dandoles
 lugar peleó tan valerosamente que, quedando muchos franceses

muertos, la puente y el campo quedaron libres de peligro. Fue este hecho digno de ser alabado, por que los franceses de la otra parte de la ribera tiraban a los nuestros sin cesar balas y pelotas de artilleria, y arremeter a ellos mas fue arremeter a las pelotas que pelear con hombres. Escribelo Paulo Jovio en la vida del Gran Capitan que don Hugo le contaba que aunque se habia hallado en otras batallas por mar y por tierra, jamas se habia visto en batalla tan terrible y peligrosa por la furia y violencia de las pelotas que volaban.

Capitulo VIII de como don Hugo de Moncada paso a Argel por mandado del Emperador.

Pasada la batalla que don Hugo y el Gran Capitan tuvieron con los Franceses, de hay a pocos dias junto al Garellano, el Rei don Fernando quedo con el reino de Napoles, i Italia estuvo algunos dias pacifica. Y como Cesar Borja con animo inquieto pareciese que queria levantar novedades, fue preso y traído a la Mota

de Medina del Campo, donde, dandole caballos don Rodrigo Pimentel conde de Benavente huyo a Navarra, donde fue muerto por unos vizcainos, no en batalla campal sino en una escaramuza de poca importancia. Don Hugo viendo que en Italia no habia guerra, como desease extender su fama y las obras que habia hecho no satisfaciesen al amor y deseo que tenia de gloria, ocupose en una cosa muy de caballero, y fue que metiendose en la mar corria la costa de Africa, y haciendo mucho daño en los moros su nombre era entre ellos muy famoso y claro por muchos notables hechos que hizo, por que don Hugo a persuasion del Papa Alexandro tomo la orden de san Juan; y como la profesion de aquellos caballeros es perseguir los enemigos de la fe cristiana, don Hugo les hacia guerra por cumplir su voto y estender su fama meneando las armas. Floreciendo don Hugo con fama de caballero valeroso, y juntandose con ello los nuevos meritos de las victorias habidas contra los moros, fue hecho Bailio de santa Eufemia, que es una encomienda muy rica en el Abruzzo. En este medio traian entre si guerra el Papa

Leon decimo y Francisco Maria de Monte Feltro, duque de Urbino, por que el Papa le queria tomar el estado y darle a Lorenzo de Medicis duque de Florencia su sobrino. Servian al duque de Urbino cinco mil españoles soldados viejos de valor invencible, y aunque el exercito del Papa era tres tantos mayor que ellos, habianle hecho muchos daños con gran afrenta. Para esto Leon escribio' al Rei don Carlos suplicandole que mandase a los españoles que no sirviesen al duque de Urbino contra él, el qual, como viendo su afrenta, lo pidiese afectuosamente. El Rei Carlos escribio' a don Hugo que fuese a los españoles y de su parte les mandase que no hiciesen mas guerra al Papa. Hizo don Hugo su oficio, y primero procuró concertar al Papa con el duque de Urbino, habiendo, segun es de creer, lastima de aquel pobre caballero que contra razon era echado del estado que poseia; pero, aunque la fuerza de su ingenio y prudencia era grande, no hubo medio para concertarlos; y asi, haciendo su oficio, declaró a los españoles la voluntad del Rei, y requirioles que a la hora dexasen al duque sopena de traidores y desobe-

dientes á su Rei. Hicieronlo los españoles movidos de la autoridad de don Hugo, que á esta sazón era grande en Italia; pero de tal manera que el duque se fue sano y salvo á Mantua con su hacienda y artillería por que así lo concertaron los españoles. Fue grande el beneficio que en esto hizo don Hugo al Papa, por que si los españoles perseveraran en servicio del duque, el Papa quedare afrentosamente vencido. Acabado esto don Hugo se fue al duque don Lorenzo de Medici, sobrino del Papa, á significarle la buena voluntad del Rei, para con ello ganar la voluntad del Papa, por que podría ser útil en algun caso al Rei don Carlos; y en su presencia mandó hacer reseña de los soldados españoles, que serian cinco mil. Despues don Hugo, para representar al Papa el servicio que le habia hecho, envió al Capitan Velazquez, y al Capitan Herrera, famoso por haber en la batalla de Pavia prendido á Memoransi gran Condestable de Francia, á que diesen relacion al Papa de lo que se habia hecho. El Papa agradeció mucho lo hecho; y escribió á don Hugo cartas.

de mucho favor, y hizo largas mercedes á los capitanes.

Capitulo **IX** de como el Emperador man-
do' á don Hugo de Moncada que pasa-
se á Argel, y de la gente que se
embarco.

En este medio el Rei don Carlos
viendo el gran crecimiento de la potencia de los Turcos, y que
habiendo vencido en una gran batalla á Ysmael Sofi Rei de
los Persas, y vencido y muerto á Sampson y á Jomunbeyo
Soldanes del Cairo estendian sus armas hasta Africa, y que
Barbarroja se habia hecho Rei de Argel y tenia apretados
á los españoles que estaban en el Peñon; determino' echarlo de
Africa e impedir que no hechase raíces en ella. Determi-
nado en esto pareciole que nadie era tan bastante para la
jornada como don Hugo de Moncada por que su nombre
era esclarecido enre los cristianos y moros por haberse exer-
citado tantos años en guerra con ellos con tanta gloria. Ha-
biendo en este tiempo los españoles que dexaron al duque apu-
ciguado á Sicilia que se habia alterado y estaban en la Sa-
biana. Estando alli llego' don Hugo con mandado del
Emperador, en que decia á todos los soldados y capitanes

que le tuviesen por su General. Ellos obedecieron, y em-
 barcandose llegaron a Cartagena y de allí a Orán, donde
 don Luis Hernandez de Cordoba marqués de Comares hi-
 zo gran cortesía y recibimiento a don Hugo, y entendi-
 endo su jornada le dio trescientas lanzas, por cuyos capita-
 nes fuesen entre otros don Manuel de Benavides hijo de
 don Luis de la Cueva, y Ruy Diaz de Roxas alcaide
 de Antequera, y por general de la caballería fue Gonzalo
 Marino. Despidiose don Hugo del marqués, y al princi-
 pio del mes de agosto llegó a la playa de Argel. llamose
 antiguamente Argel Julia Cesarea, ya este tiempo enamo-
 rada de Barbarroxa, que de un corsario pobre, señor de
 una fusta, se habia hecho Rei de aquella ciudad y comar-
 ca. No será fuera de proposito que contemos quien era
 Barbarroxa, el qual nombre tuvieron dos hermanos de
 igual valor y fortuna, hijos de un cristiano griego, que
 renegando se tornó Turco. El mayor de ellos se llamaba
 Horuchi, y el menor Haradin, y por la color roxa de la
 barba los llamaban los nuestros Barbarroxa. Vivian estos
 en la isla de Montelino, llamada antiguamente Mithene,
 de donde eran naturales; y viendose pobres echaron una

Justa en la mar y hicieronse Cosarios, y juntandose con
 Camal, cosario famoso, ganaron muchos esclavos y navios,
 y acompañados de otros cosarios llegaron a la costa de Africa
 robando. Traian a este tiempo guerra el Rei de Argel y
 un hermano suyo, y como el hermano truxese en su socorro
 Alarbes, el Rei pidió ayuda a Barbarroxa, el qual con sus
 arcabuceros espantó de tal manera a los Alarbes que el Rei
 quedo libre de miedo, pero en mucho mayor peligro por que
 Barbarroxa lo mató y se hizo Rei de Argel y tomó a Chirir-
 chelo y cerco a Bugia donde perdió una mano. Y pasando
 contra el Diego de Vera con buena cantidad de españoles lo
 rompió y desbarató; con lo qual su nombre era famoso y te-
 mido en la costa de España e Italia.

Como tengo dicho don Hugo llegó a
 Argel a principio del mes de agosto con ochenta
 velas, en que iban cerca de cinco mil soldados vie-
 jos españoles y trescientos caballos y algunas pie-
 zas de artilleria; y presentandose con hermosa
 orden salto, lleno de esperanza, en tierra, por
 que aunque era poca gente, era practica y
 esforzada, y que en muchas batallas habia

mostrado valor?

Capítulo X de lo que Barbarroxa
hizo vista la venida de don
Hugo de Moncada.

Al tiempo que don Hugo de Moncada llegó a Argel estaba en la ciudad Barbarroxa, el qual demás de su reputacion, que en las guerras es de gran importancia, tenia consigo mas de tres mil tiradores escopeteros y flecheros Furcos, y mas de cinco mil moros; y habiendo prevenido a los Alarabes para que le socorriesen brevemente, se presentó ante los nuestros con mas de quince mil caballos por que aviva su cuidado don Hugo capitán de tan gran nombre y esforzado animo y aquella infanteria española vencedora de tantas batallas, y pareciale que debía mirar por si con gran recato para no caer de la felicidad que habia alcanzado. Habia en este tiempo en Argel una mora hechicera, la qual habia dicho la rota de Diego de Vera, y a este tiempo decia que

don Hugo se perderia con tormenta en la mar, y que en los años venideros habia de venir a Argel un Emperador cristiano y pasaria la misma fortuna. Creianlo mucho los moros por que habia acertado en lo de Diego de Vera; y Barbarroxa, aunque como soldado no creia estas vanidades de adivinaciones, moseraba creerlo para acrecentar la confianza de su gente.

Capitulo XI como don Hugo se embarco con su gente, y levantandose tempestad se perdio la mayor parte de ella.

Don Hugo habiendo desembarcado su gente puso la cerrada en ordenanza, y comenzo a caminar con gran animo hacia los muros de Argel, y viendo que su caballeria era poca respecto de la de los Alarabes, puso la en ciertos espacios en medio de la infanteria. Puso delante Barbarroxa con infinita cantidad de gente; y los soldados y caballeros de ambos campos comenzaron a escaramuzar.

Hicieron aqui algunos hechos don Manuel de Bena-
 vides y Ruy Diaz de Roxas, y siendo por ello ala-
 bados de don Hugo no se veia en el campo cosa que
 no estuviere ordenada conforme a buena disciplina
 por que don Hugo con su exemplo incitaba a todos
 el deber: rodeaba los esquadrones: proveia los luga-
 res peligrosos: inviaba a reconocer los enemigos, y
 para mostrar mayor animo no consentia que en
 su campo se hiciese foso ni trinchea. A curena ra-
 sa, como dicen, peleaba esforzadamente con los moros,
 y muy señalado por sus manos armas y penachos
 parecia siempre delantero en las partes mas peligrosas,
 por que verdaderamente en prudencia, sagacidad, con-
 sejo, cuidado y valor, ninguno de los excelentes capita-
 nes de nuestro tiempo puede ser antepuesto a don Hu-
 go. Fenia don Hugo consigo un caballero alarabe
 que, viniendose a la corte del Emperador, se habia tor-
 nado cristiano y dicho al Emperador que el haria
 que viniere gran caballeria de alarabes en socorro de
 don Hugo. Esperaba don Hugo que viniesen, por que
 sin ellos era temeridad intentar el combatir a Argel,

ni aun pelear con Barbarroxa, que en gente, lugar, y
 comodidad de todas cosas le tenía gran ventaja. Visto
 que no venían, y que había ganado harta honra en
 haber estado diez días sin foso ni reparo delante los
 muros de Argel con tan poca cantidad de gente, hizo
 tocar alarma, y puesta su gente en ordenanza mandó
 reconocer mejor la tierra adentro, y a buen espacio de
 Argel hallaron un largo foso tan hondo y ancho que
 era imposible pasarlo ni llegar a batir los muros; lo
 qual visto por don Hugo parecióle que no había que
 esperar victoria de cosa tan desigual, y que retirarse
 sin daño es tenido de los hombres prudentes por poco me-
 nos que vencer; y habiendo escaramuzado y hecho,
 con grandísimo valor, cama a los moros diez días, em-
 barco toda su gente y artillería día de san Bartolo-
 mé en la noche para comenzar a navegar a la segunda
 vela; pero la fortuna, queriendo como poderosa vencer
 a quien por la fuerza de tantos turcos alarabes y mo-
 ros no había podido ser vencido, levantó una tempestad
 tan horrible, con tanta furia de los vientos y altísi-
 mas olas del mar airado, que nuestras naos hacien-

dose unas á otras pedazos, davan al través ó iban á hon-
 do. Oíanse voces y gemidos de los que muriendo imploran-
 ban la misericordia de Dios; y los españoles que esta-
 ban en el Peñon tenían gran lastima de que don Hugo,
 caballero tan señalado, pereciese sin remedio entre las hon-
 das del mar. Atmanecía quando Barbarroxa vista la
 ruina de los nuestros salió á su seguro con gran copia de
 gente, y llegando á la marina mataba cruelisimamente
 á los que medio muertos salían á la ribera; entre los qua-
 les fueron don Manuel de Benavides, y el capitan Garri-
 lanes, y el capitan Herrera el viejo, á los quales los turcos
 enterraron despues hasta la cinta y los jugaron al arca-
 buz. Don Hugo, viendo la miserable perdida de su
 armada y destruccion de su gente, tenía mucho mayor
 dolor que miedo; y aunque pudiera salvarse en el Peñon,
 como luego diremos, estuvo intrepido contra los males de
 la fortuna, mirando con animo congojoso la fiereza de
 los turcos y crueldad de los alarabes, y la ribera cubierta
 de cuerpos muertos de los suyos. En esto, andando la
 nao en que don Hugo estaba peleando con las superbias
 olas del mar, llegaron nadando treinta mancebos del

Penón y suplicaronle de parte del Alcaide que quisiese salvar su vida y no perecer en aquella tempestad brava, á los quales don Hugo con rostro severo dixo, "Nunca Dios quiera que donde tanto caballero se ha perdido escape yo vivo y sano," y con esto los despidió. Era á esta hora bien estrellado el día, y como Dios tiene particular cuidado de los varones insignes levantose un viento de la tierra, y la nao de don Hugo y la demás que quedaban salieron de la playa de Argel y fueron á dar á Juiza. Perdióse en esta tempestad casi toda la gente y armada, y los que fueron presos Barbarroxa los repartió entre los capitanes de sus galeras para que los echasen al remo. Hay algunos que dicen que don Hugo peleó con Barbarroxa, y como el lugar muy aventajado para los turcos fuese, don Hugo se embarcó viendo no ser acertado hacer otra cosa.

Capitulo XII como viniendo don Hugo de Moncada con ocho galeras de tratar con el Emperador la jornada de los selvos, peleó junto á Cerdena con ciertos cosarios turcos.

Venido don Hugo de Argel, el Rei don Carlos visto el grande animo que don Hugo habia tenido

contra la fortuna, y que aunque se habia visto en gran peligro
 no habia querido desamparar el armada, estimó muy parti-
 cularmente su valor; y como aun no estuviere rompida la
 guerra de Francia procuraba remediar los daños que los cosa-
 rios turcos, que habian bajado á nuestro mar, hacian en Si-
 cilia, Corcega, Cerdeña, y en la costa de Italia y Espa-
 ña, y como los Gelves fuese la cueva donde estos ladrones
 se acogian deseaba conquistarlos. Acrecentaba su deseo
 ser aquella isla tan cercana á sus estados, y haber sido
 muerto en ella don Garcia de Toledo, y desbaratado Pedro
 Navarro. Para este efecto invio á llamar á don Hugo,
 el qual con ocho galeras de Italia vino á Barcelona
 donde el Emperador estaba. Dicese que el Emperador
 le dixo "Don Hugo hanme dicho que sois desgracia-
 do," y que él respondió "han os dicho señor la verdad,
 que harto desgraciado soy, pues, habiendo servido á vos
 y á vuestro abuelo tantos años, no me habeis dado un
 ducado de renta: dadme vos á mi gente que espere
 como yo y vereis si soy desdichado, que ó salgo con
 lo que emprendo ó quedo preso peleando." Habianse
 hecho en España para los Gelves diez mil hombres; y

encomendando el Emperador la jornada al valor de don Hugo, don Hugo le besó las manos. Y concertando que la gente le seguiria enderexo' con sus ocho galeras á Cerdeña; y en una mañana dos horas antes que amaneciese, yendo sin cuidado de tal cosa, encontró con ciertos cosarios turcos, que estaban cerca de Cerdeña detrás de unas peñas que llaman de S. P.^o Mando' don Hugo tocar alarma, y con grande animo embistió con la capitana de los turcos. Tenian los turcos una galera bastarda y doce fustas de á veinte bancos, y disparando muchas flechas y pelotas en los nuestros la batalla anduvo un poco de tiempo sangrienta y dudosa. Animaba don Hugo á los suyos con una espada y rodela; estaba para saltar en la capitana de los turcos, á quien los nuestros habian ya tomado dos fustas; y en esto, como don Hugo hiciese mas oficio de soldado que de capitán, dieronle un flechazo debaxo del ojo, y juntamente un tiro de la galera de los enemigos llevó el timon á la capitana don Hugo, con lo qual la galera volvió atrás, y como no era bien de dia las galeras echaron cada una por su parte, y dando al través la galera de santa Catalina los

turcos la tomaron y prendieron al capitán Segura. Perdióse asimismo la galera llamada la estrella. Las demás pararon en Cerdeña, donde don Hugo se curó. Sabido esto por el Emperador escribió al capitán Diego de Vera, hombre de mucho valor, que en tanto que don Hugo convalecía proveyese lo necesario para la jornada que de palabra había dicho a don Hugo.

Capítulo XIII. Don Hugo, siendo virrey de Sicilia, pasó a los Felves y peleó con el señor de la isla y lo venció.

Don Hugo, habiendo convalecido, recibió cartas del Emperador por las quales le hacía Virrey de Sicilia, oficio de grande importancia y autoridad. Vista pues la merced que su principe le hacía y la nueva obligación que tenía de servirle, embarcó tres mil soldados viejos españoles y quinientos alemanes, y hasta mil caballos entre hombres de armas y caballos ligeros; y saliendo de la costa de Sicilia enderezó a la Fabiana donde halló diez mil hombres que para el efecto habían venido de España. Iba con él Diego de Vera, hombre muy practico de guerra,

uno de los que en campo cerrado peleó por mandado del Gran
 Capitan en aquella famosa batalla en que once caballeros
 españoles y once franceses hicieron armas sobre el valor
 de cada nacion. Dio don Hugo las velas al viento, y en
 pocos dias llegó con su armada á vista de los Gebres. Ha-
 brian los moros sabido mucho antes su venida y pedido
 socorro al Rei de Funex los Gebres en una isla muy cer-
 cana á la tierra firme de Africa, y así de ella á la isla
 entran por una puente. Maravillaronse los moros de ver
 la hermosa orden de nuestra armada por que iban en
 ella mas de cien velas. Don Hugo, poniendo dos galenas
 para que guardasen la puente, mandó que desembarcase
 la gente, y antes que saliese á tierra habló á los capitanes
 encomendandoles severamente sus officios. Despues de esto
 saltó en tierra, y alojando su gente en lugar acomodado
 cercolo al derredor de un foso, y habiendo dexado descan-
 sar á los suyos començó á marchar la tierra adentro en
 esta orden: hizo de todos los suyos tres esquadrones, que
 estaban juntos con frente igual: en medio estaba la infan-
 teria cerrada con sus largas picas: á mano siniestra esta-
 ban los hombres de armas; y á la diestra caballos ligeros.

Salio don Hugo delante los suyos armado de todas piezas cubiertas de carmesi con infinitas cruces blancas sembradas por ellas, un manoso de plumas en el yelmo y testera de un gran caballo rucio encubertado de carmesi con cruces blancas, y delante de todos juró de vencer la batalla o morir en ella. Con esta orden comenzo a andar la tierra adentro, y habiendo andado la tierra adentro cosa de media legua pareció una gran polvareda. Envio don Hugo a reconocer, y en breve espacio salio de unos palmares un Alfaqui con un martillo en las manos arrojando cedulas a una parte y a otra en que echaba grandes maldiciones a los nuestros; decadlo dixo don Hugo que se viene a rendir? en esto salieron a él dos capitanes, pero el moro se dio tal maña que mató el uno a martillazos. Al mismo momento salieron de los palmares infinitos caballos moros. Ea señores, dixo don Hugo, que de ruín a ruín el que primero acomete ese vence, Santiago, y dando de espuelas a su caballo, y siguiéndole hasta cuarenta caballos y mil y quinientos piqueros, cerró con los moros con tanto animo que matando e hiriendo en ellos les hizo volver las espaldas. Seguíales don Hugo executando valerosamente

la victoria. En esto los moros que venian en el ala sini-
 estra cerrando al mismo tiempo con los que tenian fronteras,
 lo hicieron tan valerosamente que rompiendo á los nuestros
 entraron por medio y mataron mas de seiscientos hombres,
 de tal manera que don Hugo con los pocos que le siguieron
 iba executando la victoria, y por otra los moros que rom-
 pieron por un lado hicieron retirar á Diego de Vera con
 el resto de la gente á la marina. Andaba todo lleno de
 polvo y grita de tan diferentes naciones quando don Hugo,
 habiendo seguido á los moros mas de una legua y hecho
 obras de valor extraño, comenzo á retirar á los suyos, y
 hechando menos el resto de su gente creyó que todos habi-
 an sido muertos. En esto los moros que huian y los
 que habian rebatido los nuestros revolviéron sobre don Hu-
 go, y cercandole con grande alarido estaban al derredor
 de sus esquadrones. Don Hugo encendido de colera rom-
 pia por medio de los que se le ponian delante, de tal ma-
 nera que los moros no se atrevian á acercár, y en viendole
 arremeter volbian con mucha prisa las espaldas, y en
 viendo á los nuestros esparcidos revolbian furiosamente

contra ellos. En estas arremetidas un moro dio a don
 Hugo una lanzada en el hombro. Eran los moros mu-
 chos, y animabalos ver que los nuestros eran pocos, y que
 unos estaban en la marina y otros tan metidos en tierra;
 y acordabanse de la felicidad que los años antes habían
 tenido contra Pedro Navarro y contra el desdichado don
 Garcia, que sin ser sepultado quedo tendido entre aquellas
 arenas. Don Hugo con animo sin pavor hizo parar
 y cerrar a los suyos, y creyendo que los demás habían
 sido muertos estaba mas airado que medroso. En esto
 Luis Valenciano, alferrez de Pedro Mercado, dixo: "señor
 si vuestra señoria manda iré a la marina y sabré lo
 que Dios ha hecho de los nuestros." Mataros han tan-
 tos moros, dixo don Hugo, y vuestra ligereza no val-
 drá contra la de sus caballos. Señor, dixo él, yo me
 atrevo a que no me alcanzarán; y quitandose unas
 medias-calzas, y tomando una media pica corrió aque-
 llos arenales abaxo y, no alcanzandole muchos moros
 que le siguieron, llegó a la marina ante Diego de Vera,
 que muy cuidadoso creia que don Hugo se había per-
 dido, y diciendole el estado en que estaba comenzaron

á tocar todas las trompetas y atambores, y con las banderas tendidas enderezaron á donde don Hugo estaba, y como se juntaron con él don Hugo cerró con los moros, y siempre delantero, siempre señalado entre todos así en obras como en armas, los siguió hasta que desapareciendo le dexaron el campo.

Capítulo XIV. de como el Xequé de los Gelves temiendo el valor de don Hugo se hizo tributario del Emperador.

Don Hugo, habiendo hecho esto, se volvió victorioso á su alojamiento, y otro dia por la mañana parecieron en el campo sesenta alarabes con unas languisimas lanzas con dos hierros, y corriendo por el campo desafiaban á los nuestros. Saliéron á ellos de tropa algunos hombres de armas, pero los alarabes se daban tan buena maña que les hacian volver mas que de paso al alojamiento. Reprehendíalos bravamente don Hugo, y llamando á los capitanes de infantería dixoles traedme aqui cinquenta soldados los mejores de vuestras compañías, y darles he estas armas y caballos que estos cobardes no merecen.

traer; pero como intercediesen por ellos algunos caballeros, don Hugo les descoló las armas; y sacando sus esquadrones para tornar à entrar la tierra adentro, parecieron dos caballeros moros, y humillandose ante don Hugo le dixeron que el Xequé le suplicaba que holgase de le inviar dos rehenes, y que él le inviaria otros tantos para que seguramente se tratase de algun partido (por que el Xequé maravillado del valor de don Hugo y esfuerzo de los españoles estaba muy amedrentado). Aceptó don Hugo el trato, y envió al Xequé en rehenes à Hernan Perez Holquin y al capitan Herrera, y enviando el Xequé otros dos caballeros, la paz se efectuó con condicion que el Xequé prometió de pagar al Emperador cierta cantidad de tributo cada año y ser perpetuamente su vasallo. Don Hugo no contentandose con esto pidió al moro que inviase à Alemania sus embaxadores à dar la obediencia al Emperador. El Xequé lo hizo, y llegando los embaxadores ante el Emperador le hicieron juramento, y el Emperador entendió quanto era el valor de don Hugo. Concertado esto el Xequé envió à suplicar à don Hugo que se fuese à comer

con él al Coco, lugar de la Isla. Don Hugo lo aceptó, y sin miedo alguno fue á la compañía, y estando comiendo sonó ruido y grito de mas de seis mil moros, que cercaron la casa donde don Hugo comia: alterose don Hugo; y visto por el Xequé dixo al intérprete "decid á su señoría que no tema, que esto es fiesta que le hago por darle placer." Fal placer le dé Dios, dixo don Hugo sonriéndose. Acabada la comida el moro acompañó á don Hugo hasta la mar, y entrando en su galera don Hugo le hizo un presente y mucho regalo, de manera que fue muy contento, y dando las velas al viento se volvió á Sicilia.

Capítulo XV de como don Hugo hizo cortar la cabeza al conde de Camerata, y de las quejas que los sicilianos dieron de él al Emperador.

Vuelto don Hugo á Sicilia dexó las ocupaciones de guerra, y exercitabase en artes de paz gobernando aquel reino que el Emperador le habia encomendado. Tenia don Hugo dos cosas muy utiles para gobernar, consejo para trazar, prudencia para proveer,

ingenio para entender y valor para executar; pero tu-
 vieronle muchos por cruel y sin piedad, por que como
 el conde de Camerata caballero siciliano hiciese algunas
 cosas sediciosas, hizole cortar la cabeza y a otros mu-
 chos nobles sicilianos. Fuvieronle asimismo por muy
 luxurioso y desordenado en seguir mugeres, y asi fue-
 ron a Flandes y dieron al Emperador contra él mu-
 chos capitulos; y mandandole el Emperador que respon-
 diese a dos, dixo hallandose presente el Señor, acusán-
 me de que me quiero hacer Rei de Sicilia, vea vuestra
 magestad si merece servirte un hombre que tiene ani-
 mo de hacerse Rei. Al segundo que dicen, que he co-
 rrompido mil y quinientas doncellas, pluguiera a Dios
 que yo tuviera tanta potencia". Gustó mucho el Empe-
 rador de estas respuestas militares, y dandole por libre,
 don Hugo se volvió a Sicilia muy honrado, dexando
 afrentados a sus enemigos.

Capitulo XVI de como entrando el exercito del
 Emperador en la Proenza, con Borbon, don
 Hugo fue por General de la mar.

Despues de esto levantose aquella

terrible contienda que entre el Emperador y el Rei de Francia hubo por que, demás de las enemistades antiguas, el Emperador habia sentido mucho que el Rei de Francia al tiempo de las comunidades estando el ausente en Flandes habia hecho que su gente entrase en España y habia llegado hasta Logroño, y aunque los comuneros fueron domados y los franceses vencidos por el valor de don Fadrique; generoso condestable de Castilla, sentia el Emperador la mala voluntad del Rei, y asi, habiéndolo echado del estado de Milan, y rompido a Luisbrech, y despues a Guillermo Gofier almirante de Francia, hizo que su gente entrase en la Proenza. Fue por General de la tierra don Fernando de Avalos marqués de Pescara, y por General de la mar don Hugo de Moncada, pero mandoles a ambos el Emperador que en todo siguiesen la voluntad de Borbon. Don Hugo entendió en juntar y aderezar el armada, pero no pudiendo haber ciertas naos de carga de que tenia esperanza, embarcó en Genova toda el artilleria en ciertas naos, y con ellas, y con diez y seis galeras fue siguiendo el exercito imperial que caminaba por tierra por las Alpes maritimas. Era el armada de don Hugo mucho menor de lo que para la

jornada conviniera, por que Andrea de Oria, general del Rei de Francia, le tenia muy grande ventaja en cantidad de naos. Caminaba por tierra el exercito imperial en que iban siete mil alemanes, seis mil españoles, quatro mil italianos y seiscientos caballos ligeros. Caminaba el armada al mismo paso que la gente de tierra; pero llegando al rio Varo, que aparta a Francia de Italia, Andrea de Oria general de la armada francesa pareció en alta mar. Don Hugo, viendo la gran ventaja que el de Oria le tenia en naos, detuvoose como capitán prudente, y començó a volver atrás por que en la salud del armada consistia el bien del exercito de tierra. Sucedió que dos galeras de don Hugo corriendo viento contrario no pudieron tener con él, se llegaron a tierra; lo cual visto por Andrea de Oria envistió con ellas, y tomándolas llevólas a jorro, pero acudieron presto los españoles, que metiendose en la mar hasta cintura, pelearon tan valerosamente que, apesar de toda el armada de Andrea de Oria, recobraron las galeras cortando las maromas con que las llevaban atadas. A esta sazón el principe de Orange, viniendo en una fragata de España a la guerra de Francia, como vió las galeras de

Andrea de Oria creyó que eran las de don Hugo, y llegandose a ellas fue preso. Pasado esto, don Hugo prosiguiendo su viaje, echo toda el artilleria en tierra, y aguardando ocasion en que el de Oria no le tuviese tanta ventaja se fue a Monaco; y el marques de Pescara y los españoles, habiendo tenido cercada a Marsella, se volvieron a Italia sin hacer efecto, por que ni el Emperador ni el Rei de Inglaterra no entraron en Francia como se lo habian prometido.

Capitulo XVII de como don Hugo dexando su armada en tierra, fue preso y llevado a Francia

El Rei Francisco, como hubiese juntado un gran exercito para defenderse de los españoles que entraron en la Proenza, y vio que sin esperar lo se salian de ella, camino a grandes jornadas, y entrando en Italia casi primero que ellos, tomo a Milan, y cerio a Antonio de Leiva en Pavia, y yendo Borbon por socorro a Alemania, el marques de Pescara estaba en Sodi, y don Hugo de Moncada

con su armada y Andrea de Oria con la francesa entendian de hacerse todo daño, por que Genova estaba por el Emperador y Andrea de Oria aunque era soldado muy practico temia mucho las astucias de don Hugo. Acaso le vinieron a decir a don Hugo que ciertas compañías de franceses estaban descuidadas en Baragio, lugar de la ribera de Genova por que el Rei Francisco hacia guerra a los ginoveses. Don Hugo como era amigo de hacer efecto embarcó una noche en sus galeras ciertas compañías de españoles, y saliendo de Genova a la segunda vela llegó a Baragio a salir del sol, y saltando en tierra comenzó a sacar su gente. Era la subida del lugar muy trabajosa, de tal manera que mientras los españoles lo rodeaban, los de dentro los sintieron y comenzaron a tocar alarma. Combatía don Hugo animosamente el lugar, pero la fortuna, habiendo invidia de su valor, levantó un viento tan bravo que el armada, antes que la gente desembarcase del todo, se metió en alta mar por no dar al través en las peñas de la ribera. Estaban en guarda de Baragio dos valentisimos capitanes de infanteria Simon Fivaldo Romano y Gigante Corso.

Estos viendo que don Hugo quedaba en tierra, desamparado de su armada, entendieron quanta gloria les seria prendiendo un capitán de tan gran nombre, y animando a los suyos abrieron las puertas y salieron contra don Hugo. Los españoles viendo que el armada se había ido desmayaron y comenzaban a desbaratarse. Animabales don Hugo, y castigando y deteniendo a los que huían, teniase con los franceses valerosamente; pero, como no pudiese detenerlos quedó solo; y viendose cercado de franceses y sin remedio, rindióse, habiendo hecho cosas muy señaladas y maldiciendo la cobardía de los suyos. Condenaron muchos hombres prácticos el salir don Hugo en tierra diciendo que el buen capitán de mar nunca ha de dexar sus galeras. Fue grande el placer que el Rei de Francia hubo de su prisión, pareciendole que quedaba libre de la fama, del ingenio y valor de este hombre que tantos daños le había hecho, y mandolo llevar preso a Francia y tratar conforme a su calidad.

Capitulo XVIII de como don Hugo de Moncada fue suelto de la prision por mandado del Rei de Francia para que viniese a España y suplicase al Emperador lo soltase a él.

Don Hugo de Moncada, viendose preso, sufrió con animo varonil y con mucha paciencia la iniquidad de su fortuna consolandose como varon de tanta prudencia con muchos exemplares modernos y antiguos; pero la fortuna, que tantas veces se le mostraba madrastra, abrió brevemente camino con que cobró su libertad y acrecentó su nombre y gloria, que era lo que mas deseaba. Paso así. Que el Rei de Francia, habiendo estado sobre Parva muchos meses hubo una gran batalla con la gente del Emperador, en que fue herido y preso. Sufrió con poca paciencia su prision el Rei Francisco, y buscando remedios para su libertad, acordose que tenia preso a don Hugo persona de tanta autoridad con el Emperador, y pareciendole persona competente para mitigar el pecho de su principe é incitarlo con su sagaz ingenio a que lo soltase generosamente mandó que lo soltasen a la hora libremente sin precio alguno, y que lo dexasen pasar a España por mitad de Francia, y encomendole

instantemente que representase al Emperador quan gran gloria le seria que le soltase humana y liberalmente de la prision en que estaba. Fenia el Rei concertado de secreto con Carlos de Lanoy virei de Napoles que lo trujese a España, y Lanoy era grande amigo de don Hugo y muy privado del Rei don Carlos. Don Hugo venido a España hizo su oficio como generoso, y persuadió al Emperador con un prudentísimo razonamiento que soltase al Rei de Francia sin graves condiciones, y que se ayudase de su potencia para deshacer las señorías de Italia y hacerse monarca de ella, el qual consejo fue tambien del marques de Pescara?

Capitulo XIX de como el Emperador soltó al Rei de Francia, y envió a don Hugo de Moncada a Italia a que hiciese guerra al Papa Clemente?

En este medio el Rei de Francia fue traído a España, y llegando a Guadalaxara, don Diego de Mendoza duque del Infantazgo le hizo tantos y tan ricos presentes y fiestas tan suntuosas que ningun

Rei se las pudiera hacer mayores. Despues el Empera-
 dor lo solto con algunas condiciones que pusieron sospecha al
 Papa y venecianos de que se queria hacer señor de toda Ita-
 lia, por lo cual visto que el Emperador parecia que queria
 quitar el estado de Milan a Francisco Esforcia, y que An-
 tonio de Leira y el marques de Pescara le tenian cercado en
 el castillo de Milan, sacaron sus armas y fueron a echar a
 los imperiales de Lombardia. A este tiempo el Rei de Fran-
 cia, siendo suelto con ciertas condiciones, llevo a Gascuña
 y viendose alli dixo que las condiciones eran rigurosas, y
 que él las habia concedido por estar preso y que no era obli-
 gado a guardarlas, y determino ayudar a Esforcia, al Papa
 y Venecianos contra el Emperador. A este tiempo el Papa
 trato con el marques de Pescara que se revelase contra el Em-
 perador y le daria el reino de Napoles, el cual tenia el
 Emperador usurpado siendo feudo de la iglesia. Andan-
 do este alboroto tan grande, el Emperador mando a don
 Hugo que pasase a Italia por capitán de esta nueva gue-
 rra. Hizolo don Hugo, y llegando a Italia halló que los
 venecianos habian tomado a Lodi y juntandose con el exer-
 cito de la iglesia, y que habian bajado de los Alpes en su so-
 corro suizos y franceses, y que todos iban a socorrer a

Francisco Esforcia que estaba cercado en el castillo de Milan; pero fue tal el valor de don Hugo y de Antonio de Leiva que forzaron a Esforcia a rendirse, y a que los franceses y venecianos se fuesen sin hacer efecto. Hecho esto don Hugo pasó a Roma, y halló que el cardenal Pompeyo Colona, Ascanio y Vespasiano Colona, cabeza de la casa colonesa, se habian apartado del Papa y se mostraban por el Emperador y hacian gente por la campaña de Roma. Visto esto pasó a Napoles, y juntando mediana cantidad de gente volvió a la campaña, y halló que el Papa tenia juntos tres mil infantes y quinientos caballos para defenderse. En esto llegaron de parte del Papa ciertos embaxadores, los cuales trataron con los coloneses de paz, de tal manera que el Papa despidió su gente: contradeciéndose sus criados, pero él era tan enemigo de gastar que por escusarlo quiso ponerse a peligro. En esto mostró don Hugo a los coloneses ciertas cartas de España, en que se le decía que trabajase por que el Papa no pudiese moverse, y que si se metiese en las cosas de Lombardia procurase echarlo de Roma para que fuese depuesto por el concilio y criado otro que lo mereciese; y finalmente que le hiciese tal guerra en su casa que no la buscasse

en el agena. Requirio' don Hugo con estas cartas
 á los Colonenses que le ayudasen, que en ello suxiriri-
 an al Emperador. Los Colonenses lo aceptaron, y
 aunque todo se hacia con mucho secreto, y tenian
 tomados los caminos que iban de la campaña á
 Roma, el Papa lo sintio' aunque no lo podia cre-
 er por que se fiaba de los Colonenses y creia que
 los soldados despedidos se lo decian por sacarle
 dinero; y asi aunque le fueron á decir que don Hugo
 llegaba á Murena, envio' muy remisamente ciertos caba-
 llos de su guarda á reconocer, los cuales llegando á las
 viñas se volvieron, por que aunque pudieran ver las bande-
 ras y gente de don Hugo, eran tan mal pagados que su
 capitán les dixo volramonos compañeros pues la paga no
 basta para cebada ni aun para un lacerado sayo roto. Con
 esto volviendose á la ciudad dixeron que no habia
 nuevas de enemigos, y que el campo todo estaba de
 paz. Con esto don Hugo hallando abierta la pu-
 erta de Roma entro' por ella con tanta prisa que
 facilmente pudiera llegar al palacio y prender al Papa;
 pero pareciendoles que debia aguardar el artilleria paró,

y llegada tiro' con sus banderas altas y con sus esquadrones armados y en ordenanza por medio de la ciudad, y por pontesixto enderezaron a palacio.

Capitulo XX de como don Hugo cerco' al Papa en el castillo, y el Papa le envio' a rogar que le hablase.

El Papa Clemente, sintiendo la venida de don Hugo, huyo' de su palacio al castillo de San Angel y procuró hacer juntar los soldados a quien poco antes habia despedido, para lo qual les echaba muchos escudos desde los muros riendose toda la gente, por que aunque algunos se asentaban soldados, ninguno era hombre que lo pareciese ni bastase a tomar armas. En este alboroto los vecinos de Roma se esturieron quedos, y como si fuera cosa de fiesta hablaban y hacian reverencias a la gente de don Hugo con tanta seguridad que los oficiales se dexaban las tiendas abiertas y iban a ver pasar los esquadrones por que don Hugo y los Colonese habian enviado delante pregoneros que dixesen a la gente que no temiesen por que solamente venian a librar al pueblo.

Romano de las manos de tan avaro pontífice. Este hecho á todo hombre, aunque no sea virtuoso, parecerá mal si se mira la dignidad del Papa, y lo que requiere la virtud cristiana. Era Clemente varón muy mal quisto aunque de mucha prudencia: queríanle mal por que habia fatigado á los eclesiásticos con diezmas no vistas: habia quitado las rentas á los profesores de la Universidad, y á los colegios de los oficios: demás de esto habia hambre en Roma, y como los años eran buenos atribuíalo la gente á mañas que el Papa tramaba para ganar. Estando don Hugo con su gente en Roma acudieron al capitolio los tres gobernadores de la ciudad para dar orden como socorrer al Papa, pero nadie hacia caso de ellos, y poniendo en huida unos pocos que estaban á la puerta junto á la iglesia arremetió al palacio del Papa, y los suyos sin poder ser detenidos saquearon el palacio, y destirando de grandes paños llevaban cada pedazo por su parte, y arrebatando vasos ricos y porcelanas de la India las hacian pedazos en el suelo, y con sacrílegas manos entrando en el santo templo de san Pedro lo saquearon y tomaron los vasos y ornamentos consagrados, sin que don Hugo lo pudiese resistir. El Papa estando en el castillo supo que estaba tan mal

proveido que no habia en el mantenimientos para tres dias.
 Visto esto, y que por estar Roma tomada no podia hacer
 gente en ella, ni esperarla de fuera, invio' a rogar con gran
 instancia a don Hugo que lo fuese a ver al castillo, y envio-
 le por rehenes al cardenal Inocencio Cibo y al cardenal
 Nicolo Ridolfo sus sobrinos. Don Hugo, como el ardor
 con que habia entrado en Roma se le viniese resfriando, hol-
 go' de hacer lo que el Papa queria, y contra el parecer del
 cardenal Colona, que deseaba ver al papa muerto y perdido,
 fue a san Angel acompañado de poca gente, y humillando
 se ante el Papa restituyole con gran acatamiento un vaculo
 de plata y una mitra sembrada de riquisimas perlas,
 que son insignias del Pontificado, y habian sido tomadas
 en el saco, y don Hugo las habia tomado a los soldados:
 hecho esto suplico al papa que lo perdonase, por que el era
 mandado y tenia necesidad de hacer su oficio, que el qui-
 siera quitar la cabeza a todos los soldados que habian sa-
 queado el sacro palacio y el santo templo de san Pedro: que
 le suplicaba que no lo hiciese mas guerra al Emperador
 por quien Dios y los hombres nunca faltandoles fortuna
 peleaban: que el Emperador era tan virtuoso, tan amador de

justicia y moderacion que ningun otro arbitrio guerrria pa-
 ra apaciguar a Italia, y que aunque pudiera pretender su
 Imperio como los Emperadores pasados lo habian tenido,
 nunca tal habia pretendido. El Papa dixo cierto, yo en
 todo tiempo he deseado con mucha aficion la honra y
 acrecentamiento del Emperador, y esta voluntad jamas
 me faltara si el Emperador, que sin duda esta depravado
 de aduladores y malos consejeros, vuelve a su condicion y
 usando de justicia restituye el ducado de Milan a Fran-
 cisco Esforcia como lo prometio en la liga que hizo con el
 Papa Leon, que un principe como el, señor de tan grandes
 reinos, y que esclarecido con tantas victorias tiene suma
 autoridad de Emperador, mas razon es que de reinos y
 estados que no que los quite a sus legitimos señores, pues
 Esforcia es falsamente acusado de traicion. Pasadas en-
 tre don Hugo y el Papa muchas platicas, don Hugo hi-
 zo paz con el, con condicion que el Papa hiciese venir luego
 su gente de Lombardia, y perdonase a los Colonases, y con
 que, en rehen de que las paces serian firmes, enviase a
 Napoles a Filipo Estroci, hombre rico, marido de una
 sobrina del Papa, y con que don Hugo se volviese con to-
 da su gente al Reino de Napoles, y con diligencia procurase

haber lo que se habia robado de los sagrarios y todo lo tocante al culto divino. Asentado esto, don Hugo se salio' del castillo dexando al Papa libre del gran miedo que tenia.

Capitulo XXI de como el Papa, queriendo vengarse de la injuria que don Hugo le habia hecho, hizo entrar por el Reino de Napoles á Monsieur de Balde monte, y de como don Hugo salio á él.

Salido don Hugo de Moncada del castillo, el cardenal Colona y los demás caballeros de la casa Colonesa lo reprendian diciendole que por qué dexaba la victoria que tenia en las manos, y de que tanta gloria le podia resultar. Don Hugo les dixo que él hacia lo que convenia al servicio del Emperador, y cumpliendo la fe que al Papa habia dado se salio' de Roma. Hubo algunos que pensaron que don Hugo libro' al Papa por una gran suma de oro que le dio; lo que yo creo es que don Hugo, viendo cuanta infamia se le seguia al Emperador si el Papa en este alboroto fuese muerto por algun caso ó por asechanzas de los Coloneses, quiso escusar tan gran mal

por que ya se sonaba que el Emperador favorecia al cardenal Colona, y que si Clemente muriese en este estripito de armas lo habia de hacer papa. El papa Clemente como, burlando el pueblo de él, no pudiese sufrir la injuria que de don Hugo habia recibido, y las grandes riquezas que en tiempo de vreguas le habian robado, rompió las paces como afrentosas, y, no curando de los rehenes que habia dado, llamó de Francia a mosiur de Valdemonte, hermano del duque de Lorena, descendiente de los duques de Angio, que en tiempos pasados fueron señores de Nápoles. Demás de esto excomulgó al cardenal Colona, diolo por traidor y enemigo de la Iglesia, y privolo del capelo, y dando la misma sentencia contra los demás Coloneses, sacó sus armas y quemó en la campania catorce lugares de la casa colonesa en que perecieron infinitos niños y viejos por ipecado ageno, por que pocas de las que saquearon los ornamentos de san Pedro murieron. En este medio mosiur de Valdemonte embarcandose animosamente puso gran miedo en la costa de la tierra de Labor, tomó a Salerno y enderexo con sus banderas a Nápoles. Estaba en Nápoles don Hugo, y aunque la gente de armas y infanteria de soldados viejos estaba en Lombardia, como tenia

condicion feróz, hizo armar a los mancebos napolitanos, y con sus banderas tendidas salio a pelear con Mosiur de Valdemonte que traia mucha gente de a pie y de acaballo. Frabose una brava escaramuza junto a la puente del rio Sebeto, en que don Hugo, habiendo hecho obras de excelente capitan y valiente soldado, rebatio la osadia de Valdemonte, y libro la tierra de daño. Hecho esto metiose con su gente en la Ciudad.

Capitulo XXII como la gente del Emperador cerco a Roma y prendio al Papa, y de lo que el Emperador escribio a don Hugo.

En este medio prosiguiendo el papa la guerra contra los Colonosy. Uego de España a Italia con muchos españoles don Carlos de Lanoy virei de Napoles. Pidieronle socorro los coloneses, y el y ellos fueron a cercar a Bruselon. En esto Uegaron al Papa cartas del Emperador, en que con mucha obediencia y cortesia escusaba lo que don Hugo habia hecho. Movio mucho esto el

animo del Papa, y como era enemigo de gastar y estaba ne-
 cesitado, reconcilióse con el Emperador, y viniendo a Roma
 sobre rehenes Lanoy, hizo paces con el Emperador, con con-
 dición que Lanoy fuese a la Foscana y detuviese a Borbon
 que con muchas españoles y alemanes se decía que venia a
saquear a Roma. Hizo Lanoy lo que prometió, y encon-
 trando a Borbon en las montañas de Arezo, díxole que
 se volviese, pero los soldados venian tan soberbios y dese-
 sos del saco que no hacian caso de Borbon, antes a cada
 paso lo llamaban pijoso y traidor a su Rei, y solamente
 lo traian consigo para mostrar que tenían cabeza; y &
Lanoy hacian mucho menos caso; y así, interrumpiendo
 su plática, con muchas voces, llegaron a Roma a seis de
mayo, y no aprovechando la resistencia de los flacos ciuda-
 dianos, mataron infinita multitud de animas que, arrojando
 las armas, pedian en vano la vida, y apoderandose de la
 ciudad hicieron estrañas obras de crueldad y avaricia; y
 como el Papa huyese al castillo de Santangel cercaronlo con
 un foso: atormentaron nobilísimos viejos y mancebos: forza-
 ban las dueñas y doncellas: corrompian las monjas en los
 monasterios, y hasta el cuerpo muerto del Papa Julio de-
 senterraron para quitarle un anillo. No mucho despues el

Papa viendose tan necesitado, que comia carne de asno, rindio-
 se, prometiendo de hacer todo lo que el Emperador le manda-
 se. Al tiempo del saco don Hugo de Moncada estaba en
 Napoles, pero sabiendo que el Papa se habia rendido, fue a
 Roma, donde, sabiendo el Emperador lo que pasaba, le escribió
 a él y a Filiberto, principe de Orange, que le parecia justo y
 santo que soltasen al Papa y reverenciasen con todo acatami-
 ento su santissima dignidad, con que hubiesen de alguna
 parte dineros con que pagar los soldados para sacarlos de Ro-
 ma, y que hiciesen de manera que el Papa si se acordase de
 su injuria no les pudiese dañar. El papa no tenia dine-
 ros, por que como estaba preso nadie le osaba prestar, y
 los Judescos le pedian con tanta braveza dineros que le fue
 forzoso darlos en rehenes cinco cardenales deudos y muy
 privados suyos, a los cuales los Judescos llevaron al cam-
 po de Flor para ahorcarlos. Con esto el Papa estaba
 muy fatigado, y apretaba mucho a S. Francisco de los
 Angeles, confesor del Emperador, que habia venido de Espa-
 ña a Roma: el hablaba a don Hugo y a Marcon, y al
 principe de Orange, y ellos decian que los soldados no les obe-
 decian, que les diese el papa dineros. Con esto ^{lemente}
 viendose tan necesitado vendió ciertos capelos. Festando

don Hugo en Nápoles, de donde el Emperador le habia hecho Virrei por muerte de Lanoy, se salió una noche disimulado y se fue a Orbiecto.

Capitulo XXIII como saliendo los imperiales de Roma, por que mosiur de Lutrec entro en Italia, se fueron a Nápoles, y don Hugo, contra el parecer del marques del Vasto, hizo que se alojasen en la ciudad.

El Papa Clemente, estando preso en poder de la gente del Emperador, pidió ayuda al Rei Francisco y a Enrique Rei de Inglaterra, los cuales, teniendo por afrenta suya que el principe de la Iglesia estuviese preso, enviaron a Italia un grueso exercito con Lutrec por capitán, el cual tomó y saqueó a Parvia, a Alexandria y a Bosco, y acelerando el paso por socorrer al Papa, llegó a Bolonia. Visto esto por los capitanes imperiales salieron de Roma, y aunque Lutrec los presentó batalla debaxo de un collado de la ciudad de Froya, ellos la reusaron y se fueron a Nápoles: llegados cerca, los napolitanos suplicaron a los capitanes imperiales que alojasen los soldados

en el campo y que no les metiesen en la ciudad por que
 no les diesen pesadumbre en sus casas. Intercedia por
 ellos don Alonso de Avalos marques del Vasto; pero
 contradixolo don Hugo diciendo como prudente que
 el exercito debia ser metido en la ciudad por que los
 napolitanos, que de su naturaleza son livianos, y algu-
 nos señores del vando Angionio, se revolverian en
 viendo las banderas de Lutrec, y que no se osaria
 menear si la gente entrase dentro y guardase las puer-
 tas y los muros: que en la ciudad y en los grane-
 ros del castillo habia mucho trigo y vino, unico
 consuelo de los animos de los alemanes; por tanto,
 que pues los podian acomodar a su placer, no les die-
 sen trabaxo. Aprobaron el parecer de don Hugo
 el principe de Orange, don Fernando de Gonzaga,
 y Hernando de Alarcon como hombres que queri-
 an complacer a los soldados. Decia el marqués del
 Vasto que mirasen que saquearian la Ciudad, pero a
 ellos no se les daba nada por que solamente querian con-
 servar la Ciudad y acomodar los soldados. Con esto, gi-
 miendo los napolitanos, el exercito fue repartido por los

barrios y partes convenientes de la Ciudad.

Capitulo XXIV como habiendo en
 Nápoles falta de mantenimientos, y
 estando cercados los imperiales, don
 Hugo de Moncada determinó pelear
 con el Conde Filipin de Oria.

Habiendose alojado el exercito
 imperial en Nápoles, pareció delante los muros de la ciudad
 mosiur de Lutrec con toda su gente, y el y Pedro Navarro
 alojaron su campo en lugares fortisimos, y escaramuzando
 junto a san Antonio y junto al rio sebeto, los franceses se
 masuraban animosos y mataron a Venejo mayordomo del
 Emperador, el cual, aunque trujo cartas de España de lo
 que el Emperador mandaba sobre soltar al Papa, estuvo si-
 empre mal en ello. Revelaronse en este tiempo muchos se-
 ñores napolitanos contra el Emperador, y aunque en la ciu-
 dad habia trigo en mucha abundancia tenían gran tra-
 bajo en molerlo, por que los molinos, que habia acia el rio
 sebeto, estaban en poder de los enemigos; por esto los alema-
 nes comian trigo cocido en calderas: los españoles, como mas

sagaces, hacian molinos de cierta forma que se podian tra-
 ér con la mano pero molian poco trigo. Demás de esto
 habia falta de vino, y los alemanes cataban todas las casas,
 y arremetiendo a la casa del marques del Vasto agotaron en
 un momento muchas tenajas. Acrecentaba este trabajo
 que Lutrec, para que los nuestros no pudiesen ser proveidos
 de mantenimientos, hizo que viniese de Genova a la costa de
 Napoles el conde Filipin de Oriá con ocho galeras; y demás de
 esto se decia que brevemente habian de venir veinte galeras de
 venecianos a asaltar la costa de la tierra de labor. Visto esto
 por don Hugo, embarcose, y aunque solo remia seis galeras,
 confiaba mucho en el valor de los soldados viejos españoles
 que embarcó con sígo, por que Juan de Urbina escogio los me-
 jores y mas usados a la mar: embarcose con don Hugo en la
 capitana el marques del Vasto, y Ascanio Colona gran con-
 destable del reino de Napoles, y otros muchos caballeros na-
 politanos; y con gran animo, no dudando de la victoria, al-
 zaron las velas. Saliendo de la costa de Pausilipo se fueron
 a la isla de Capri. Estando allí refrescandose Briardo
 Agnese, napolitano, enemigo de españoles, se metio en
 un ligero bergantin, y dio prestamente aviso al conde

Filipin de la venida de don Hugo. El conde, aunque tenia dos galeras mas, hubo miedo, y envió a suplicar a monsieur de Lutrec que le enviase una compañía de arcabuceros. Lutrec se la invió brevemente. Parecio la armada de don Hugo muy hermosa con muchas banderas tendidas. Furbaronse los ginoveses viendo el animo con que los imperiales venian, pero mirando atentamente su armada no la tuvieron en nada, por que no temia en lo alto de los arboles gavias, dende las cuales, segun vemos en las naos gruesas, pelean diez y veinte hombres tirando piedras y armas arrojadizas. El conde Filipin de Oría llamando a los capitanes de sus galeras hizoles un razonamiento representandoles las victorias que sus mayores habian ganado por la mar, y amonestandoles que conservasen la fama que temian de valerosos por mar, por que los españoles, aunque eran valientes no estaban usados a pelear por la mar entre los bancos y estrechos de la cruzia y canalla de los remos. Habriendolos animado concertó que Nicolao Lomelin tomase tres galeras y mostrase que huia, y que en viendo trabada la batalla, hiciese una punta, y revolviendo invitiese animosamente por popa y por los lados con

las galeras de los Imperiales, y en especial con la capitana de don Hugo.

Capítulo XXV de la batalla que tuvo don Hugo con el conde Filipin de Oria y como en ella fue muerto de un arcabuzazo.

En tanto que el conde Filipin animaba á los suyos, don Hugo de Moncada trayéndolo su hado se venia acercando al cabo del oso, que es junto á la ribera de Palermo; y aunque los capitanes y comitres de las galeras le habian en la isla de Capri aconsejado que no pelease, él, confiado en el valor de los suyos, determinó pelear, y á este tiempo, estando cerca de la capitana del conde Filipin, enderezó á embestir con ella por que creyó que las tres galeras de Lomelin huian: enderezaron ambas las proas para embestir, y el marques del Vasto decia á don Hugo que hiciese disparar presto la pieza mas gruesa de su galera por que con el humo no pudiese el conde enderezar la suya. Dilató tanto don Hugo que el conde, que no tenia otro cuidado, disparó contra la capitana de don Hugo una pieza.

gruesa llamada basilisco, cuya terrible pelota, quebrando arriba del espolon la rumbada, hizo una horrible matanza, y voló de la proa á la popa por la cruxia con tanta furia que, habiendo muerto mas de treinta soldados y marineros, mató en la popa muchos hombres principales y en ellos á don Pedro de Cardona, siciliano, pariente del marqués del Vasto, y á Luis de Guzman, español, musico de admirable dulzura. La sangre y entrañas de los miserables despedazados ensuciaron á don Hugo y al marqués. En esto los artilleros de la capitana de don Hugo dispararon una pieza gruesa, pero, como devisasen mal con el humo de la artilleria de los enemigos, hicieron poco daño en la capitana de Filipin de Oria. A este tiempo tres de las galeras de don Hugo, llamadas la giba, la villamarina, y la de Sicames, peleaban valerosamente, y no obstante la resistencia de los enemigos tomaron á la peregrina y á la doncella galeras de Filipin. A este tiempo Somelin viendo lo que pasaba, revolvió con sus tres galeras y embistió por tres partes con la galera de don Hugo, y disparó en ella tres piezas: la una le llevó el timon y le quebró la popa: la otra dio en el fogen y haciendo pedazos algunos remos quebró el arbol y arrancó de tal manera que, lo que fue cosa lastimera, cayeron las santenas y

mataron á muchos: la otra rompió el espolon y el otro resto del entablamiento de la proa; y á la hora todas tres galeras revolvieron los remos y socorrieron á la peregrina y á la doncella á quienes los españoles habían tomado, y dispararon á modo de granizo una tempestad de balas y pelotas. En la giba, galera de don Hugo, mataron á muchos, especialmente á Cesar Ferramosca, caballero principal privado del Emperador. A esta sazón las otras dos galeras de don Hugo llamadas perpiñana y calabresa envistieron con la serena y con la fortuna, galeras de Filipin, y temiéndolas ya casi en su poder huyeron sin daño solamente por ver derribado el estandarte de la capitana de don Hugo, y que la villamarina y la sicames estaban cercadas, cosa de gran maldad y que fue muy reprendida. La huida de estas dos galeras dió luego la victoria al conde por que don Hugo, en cuyo ánimo nunca entró pavor, viendo la tempestad y furia de las pelotas y que peleaban cuatro galeras con la suya no llegando mano á mano apartose un poco de la popa y con la espada desnuda y un escudo tendido cubriéndose con él contra las pelotas que por todas partes volaban allí, no habiéndole osado nadie acometer, acertole una pelota

de un arcabuz en el brazo diestro, y otra de un falconete en el muslo siniestro; y de esta manera, este varon de animo invencible, ornamento de nuestro tiempo, cayo muerto, y su dichosa anima volo' a vida mas bienaventurada, aun no habiendo cincuenta años. El marques del Vasto estando mal herido en la cerviz de una olla de fuego labrado, y teniendo abollado el yelmo de muchas pedradas que de las gavias le tiraban, rindiose a Lomelin: lo mismo habia hecho Ascanio Colona herido en un pie y en la mano derecha. Murieron de los imperiales ahogados y a hierro cerca de setecientos soldados viejos, y entre ellos Machin Daya, vizcaino, Barreda, Lambron, y Juan Vizcaino valentisimos capitanes de infanteria. Fueron presos el marques del Vasto, Ascanio Colona, don Francisco Tarte, hermano de don Luis Tarte castellano de Napoles, don Felipe Cervellon, Juan Gaetan; mosiur de Bauri, flamenco, y los nobles caballeros Anibal Genaro y Camilo Colona, famosos por el amistad de don Hugo. Fueron a fondo dos galeras, y otras dos tomo' el conde Filipin, las otras dos huyeron. Diole la victoria al conde el artilleria y acertar en partes tan

peligrosas. Fue de asimismo de grande efecto que desherro' á sus remeros moros y turcos y les prometio' la libertad si venciase, los quales aunque estaban desnudos peleaban animosamente con espadas y rodelas. Perdio' el conde Filipin hasta quinientos hombres.

Capitulo XXVI de como don Hugo fue sepultado, y del placer que el Papa hubo de su muerte.

El cuerpo de don Hugo fue llevado á la ciudad de Amalfi, y sepultado en la iglesia de san Andres, de donde fue despues traído á Valencia del Cid y sepultado en nuestra señora del remedio. Dicese que el Papa Clemente holgo' mucho de su muerte acordandose de la injuria que le habia hecho; pero sintiola el Emperador y los soldados españoles; y todos los prudentes entendian que si don Hugo tuviere al tiempo de executar tal fortuna como valor, igualara sin duda á la gloria de los capitanes antiguos. En el testamento que dexó hecho instituyó por su heredero al señor don Guillen de Moncada su hermano, el cual hoy ilustra

con muchas virtudes y valor, conserva el generoso nombre de su familia. Furo don Hugo un hijo bastardo llamado don Guillen de Moncada, el cual por mostrar que era cierto hijo de su padre, hizo muchas hazañas de valor desordenado, y fue muerto de un tiro de artilleria. Tenia don Hugo los ojos leonados, era blanco y de cuerpo robusto, mas que de mediana estatura. Era naturalmente facundo, elocuente, y eficaz en decir, cortesano, y muy gracioso entre damas. Fuvieronle algunos por mejor para soldado que para capitán; pero confiesan sus enemigos que la grandeza de su corazón fue tanta que con razón aquel brio de valor indomito que a tantos peligros y escuadrones de picas salió superior, se rindió solamente a aquella infernal maquina a quien ninguna fuerza humana puede resistir.



79

Tabla

Capítulo I en que se dice quienes fueron los padres de don Hugo, y de su nobleza i valor....	Pag. 1.
Capítulo II como don Hugo siendo mozo pasó con el Rei de Francia a Italia.....	3.
Capítulo III de como llegando el Rei de Francia a Roma, don Hugo fue bien recibido del Papa Alexandro y de Cesar Borja su hijo.....	8.
Capítulo IV de como rompiendo el Rei don Fernando de España con el Rei de Francia don Hugo dexó al Rei de Francia i se vino a Roma con el Papa Alexandro.....	12.
Capítulo V de como don Hugo despidiéndose del Rei de Francia se vino a Roma.....	17.
Capítulo VI de como, muerto el papa Alexandro, don Hugo dexó a Cesar Borja por que se mostraba por el Rei de Francia, y se pasó al Gran Capitan.....	21.
Capítulo VII de como don Hugo se señaló en la batalla que tuvieron los españoles contra franceses cabo el garenano.....	23.
Capítulo VIII como don Hugo pasó a Argel por mandado del Emperador.....	25.
Capítulo IX como el Emperador mandó a don Hugo que pasase a Argel, i de la gente i aparato que desembarcó.....	29.
Capítulo X de lo que Barbaroja hizo vista la venida de don Hugo.....	32.
Capítulo XI como don Hugo embarcó su gente sana i sabra, i levantándose tempestad se perdió la mayor parte de ella.....	33.
Capítulo XII como don Hugo viniendo con ocho galeras de tratar con el Emperador la jornada de los Gelves peleó junto a Cerdeña con ciertos corsarios turcos.....	37.
Capítulo XIII como don Hugo siendo electo virrei de Sicilia pasó a los Gelves, i peleó con el señor de la Isla i lo venció.....	40.
Capítulo XIV de como el Xequie de los Gelves temiendo el valor de don Hugo se hizo tributario al Emperador.....	45.
Capítulo XV como don Hugo, vuelto a Sicilia, hizo cortar la cabeza al conde de Camerata, i de las quejas que se dieron de él al Emperador.....	47.



Capitulo XVI como entrando el exercito del Emperador en la Proenza con Borbon, don Hugo fue por general de la mar.	48
Capitulo XVII como dexando don Hugo su armada en tierra fue preso i llevado a Francia.	51.
Capitulo XVIII como don Hugo fue suelto de la prision por mandado del Rei de Francia para que viniese a España a suplicar al Emperador que lo soltase a él.	54.
Capitulo XIX como el Emperador solto al Rei de Francia, i envió a don Hugo a Italia a que hiciese guerra al Papa Clemente?	55.
Capitulo XX de como don Hugo cerco al Papa en el castillo, i el Papa le rogó que le fuese a hablar.	59.
Capitulo XXI como el Papa queriendo vengarse de la injuria que le hizo don Hugo, hizo entrar por el reino de Nápoles a monsieur de Balde monte, i don Hugo salio a él.	63.
Capitulo XXII como la gente del Emperador cerco a Roma i prendió al Papa, i de lo que el Emperador escribió a don Hugo.	65
Capitulo XXIII como saliendo los imperiales de Roma se fueron a Nápoles i don Hugo hizo que se alojasen en la Ciudad.	68.
Capitulo XXIV de como habiendo en Nápoles falta de mantenimientos, i estando cercados los Imperiales, don Hugo determino pelear con el conde Filipin.	70.
Capitulo XXV de la batalla que tuvo don Hugo con el conde Filipin de Oria, i como en ella fue muerto don Hugo de un arcabuzazo.	73
Capitulo XXVI de como don Hugo fue sepultado, placer que hubo el Papa, i sentimiento del Emperador i de los soldados españoles.	77.

